También faltaba un tercer personaje que vivia en las buhardillas de la casa donde Carolina tenía sus almacenes.

Pero era de muy pequeña importancia para que nadie pudiese inquietarse por su ausencia.

Era Guirec, el hombre del garrote, el pescador de Landeron, el amigo de Susana.

XVI

El plan de un miserable.

Habia amanecido el gran dia.

Marcial, desde muy temprano, se habia puesto sobre las armas.

Habia preparado su plan, como un general en jefe antes de dar una batalla decisiva.

Se habia dicho: Pondré al enemigo aquí, le engañaré con maniobras destinadas á que no me comprenda, le sorprenderé por un movimiento envolvente y en el momento psicológico le obligaré á una capitulación ventajosa... para mí, bien entendido.

Pero en todos los campos de batalla, hay un agente con el cual no cuentan nunca los mejores capitanes.

Es un cuerpo de ejército que se retrasa, una división que se extravia ó un aliado que vira en redondo y se pasa al enemigo en el momento oportuno.

En casos semejantes esto se llama traición.

Sin embargo, estos contratiempos no se producen siempre; y un plan, cuando es bueno, tiene siempre su valor.

El del hijo de la dueña del bodegón de la

calle de Provenza, y aunque incierto de Buscare, era admirable.

Había sabido atraerse excelentes auxiliares.

Tenía sujeta á la principal, á la señorita Alejandra, que trabajaba en provecho propio.

La perspectiva de recuperar el dinero que creía perdido, y hasta de triplicar el capital, la ponía incondicionalmente á su disposición.

Los treinta preciosísimos billetes de mil francos, alineados delante de ella por aquel miserable Marcial, al cual odiaba en el fondo —en caso de éxito de su tenebrosa intriga,— la fascinaban hasta tal punto, que á pesar de su clara inteligencia, había perdido la noción del bien y del mal.

Además, Marcial había tenido la precaución de ocultar en parte, á sus ojos, sus odiosos proyectos.

¿De qué se trataba, después de todo?

De la cosa más sencilla del mundo.

Gracias á las indiscreciones escapadas á un amigo—Buscare, un empleado de la agencia Fribur, Huchar y Compañía,—había sorprendido un secreto que valía una cantidad fabulosa.

Buscaban, tirando el dinero á manos llenas, á una niña perdida en su infancia, y la niña en cuestión, que ya era mujer, era Susana.

El solo era el único que lo sabía.

Susana se veía pobre, sin presente y sin porvenir, no tenía más padres que la mujer loca, Era, pues, muy fácil de seducir y engañarla fingiendo un amor desinteresado, comedia que sabía representar aquel tunante con la mayor perfección.

Si lo lograba, seria inmensamente rico; le caeria una fortuna de las nubes, fortuna de la que daria parte á sus amigos, sin arruinarse por eso.

Si Susana se resistia, él encontraria el medio de obligarla.

¿Y qué iba perdiendo en ello la encargada de Carolina Ramel?

¿Qué falta podrian reprocharla? ¿No podía asegurar que desconocia las intenciones de Marcial?

Lo único que el tunante pedia era que después de la cena le dejasen solo con la mujer cuya conquista queria emprender.

Una declaración de amor produce mejor efecto en la soledad y en el silencio de la noche.

La encargada habia consentido, sin sentir ni un átomo de celos.

Habia tenido un momento de debilidad, un capricho por aquel ser, producto de la podredumbre de París, de aquel tunante, cuya inteligencia empleaba en engañar á las mujeres.

Estaba muy cansada de él.

Su amor no habia sido más que el incendio de un montón de paja, donde con gran sentimiento suyo se habia quemado.

El casamiento de Marcial la hubiese librado de él para siempre.

Y esto era precisamente lo que deseaba.

Se dejaba, pues, arrastrar por la corriente, dejándose guiar por su voluntad.

Para la bailarina del Olimpia, para la mustia y pálida Fani, era muy diferente.

La infeliz no era más que una enferma de las muchas que se hallan en tratamiento en los hospitales y en las clínicas de París.

El número es muy grande.

No era mala.

Tenia una locura especial.

Marcial la habia expuesto sus pretensiones en dos palabras.

La habia dicho:

—Mira, quiero ser rico... Esa pequeña supone para mí la fortuna... Es inútil decirte más... Es preciso.

Estaba á sus órdenes.

La mañana se habia pasado admirablemente.

Como por casualidad, Alejandra y Susana, se encontraron á Marcial en el bosque, en compañía de unos cuantos amigos.

Se destacó del grupo de hermosas jóvenes y de alegres compañeros para saludar á «su prima» y después escoltó sin separarse á la maestra y á la alumna.

Almorzaron en un merendero próximo al puente de Asnieres.

La encargada fué quien pagó el gasto.

Hay que dar al César lo que es del César; Marcial lo consintió después de grandes protestas.

Iba elegantemente vestido de ciclista.

Su sedosa barba, sus negros ojos, su sonrisa melancólica y sus colorados labios le daban gran belleza y podia creerse irresistible.

Y lo era.

Los ojos de casi todas las mujeres que encontraba lo atestiguaban.

Conversaba alegremente, pero sin exceder-

se, y con la prudencia del hombre que quiere llevar sus negocios por buen camino.

Habló de su porvenir con madurez convencida.

Susana creyó que tenía frente á ella al hombre más sesudo y formal del universo.

—Sí, querida mía—dijo dirigiéndose á Alejandra, en el momento en que el mozo servía el café;—he decidido no volver á cambiar de casa... Ya tengo bien hecho el aprendizaje... Conozco París perfectamente. Ahora ya no me queda más que aprovecharme de mi experiencia...

—Bueno, y habéis...

—Aceptado las proposiciones que me han sido hechas... Voy á entrar en casa de los señores Durié y Blondel...

—¿Cuándo?

—Uno de estos días... con seiscientos francos mensuales y una comisión de un dos por ciento sobre las ventas... Esto me han dicho que es tan solo para empezar...

—¡Caramba! ¿Y después?

—Me han prometido aumentarme el sueldo, y si no me engaño, dentro de dos años entraré á formar parte de la sociedad.

—Magnífico negocio.

—Pues mira, aun lo he tenido que pensar mucho.

—Mal hecho.

—Se me han hecho proposiciones en otra parte.

—Pero no serán mejores.

—Por eso me he decidido á aceptar.

Se volvió hacia Susana.

—¿Queréis un poquito de cognac.

—No; muchas gracias.

—¡Qué sobria sois! No habéis bebido más que agua! ¿Es esa la costumbre en Bretaña?

—No en todas partes, pero para mí era la regla.

—Pues no por eso estáis mala; tenéis una salud excelente.

—No, tengo motivos de queja.

—El que no tendrá motivos de queja será el hombre que escojais.

La joven se sonrió tímidamente, pero no contestó.

Ya tenía hecha la elección.

—Yo he tomado una resolución.

—¿Cuál es?—preguntó la encargada.

—Casarme...

—¡Bah!

Suspiró ruidosamente, pero sin dirigir la vista á su vecina de la izquierda, que era Susana.

Era una palomita que no habia que asustar.

—Si, en verdad—declaró,—y creo que es el partido mejor que puedo tomar. No pido á mi mujer más que sea buena, guapa, inteligente y que me agrade.

—¡Cuernos, pedid algo! ¿Y el dote?—preguntó Alejandra.

—Tanto me preocupa eso como la concha de una ostra... Yo creo bastarme y sobrarme para ganar lo necesario para sostener mi casa, al menos que no me ocurra algo imprevisto. Además, cuando se ama, se hace lo imposible para agradar á la compañera de la vida.

Suspiró de nuevo con más fuerza que antes.

Pero el tunante juzgó que había dicho demasiado.

Se calló.

Hay granujas de muchas clases.

El hermosote Marcial pertenecía á esa cofradia que está siempre en acecho en los boulevares interiores y exteriores de la capital.

El preferia los interiores.

Sin inconveniente alguno hubiera podido llevar más adelante las explicaciones.

Susana no le escuchaba.

Su pensamiento estaba en otra parte.

—Pedro estará mañana en Paris—se decía. —¿Qué me dirá?

Absorta en estos pensamientos, era un ser sin voluntad.

La encargada podia llevarla donde quisiese.

La dirección no la interesaba.

Llegó el momento de pagar.

La cantidad que pagó Alejandra subió á catorce francos, precio de aquel banquete matinal.

El paseo continuó.

¿Hacia dónde debian dirigirse?

El futuro socio *in partibus* de Durié y Blondel propuso hacia Enghien.

¡Camino magnífico para las bicicletas! ¡Excursión agradabilísima!

Se pusieron alegremente en marcha.

Y al decir alegremente, exageramos. Su alegría era superficial.

Marcial no podia por menos de tener cierta inquietud. El éxito de su empresa no le parecía muy seguro.

Susana le escuchaba indudablemente con la

complacencia que tenía con todo el mundo; pero á su modo de ver, aquello no era bastante.

Hubiérase dicho que vivía en su interior, en conversación con su pensamiento, y que su espíritu vagaba por otras esferas.

Era preciso á cada instante llamarla la atención

Su compañero se veía obligado á decirla una infinidad de veces:

—Mirad qué villa... ¿No os gusta?... ¿Y el jardinito?... ¡Qué preciosos macizos!

Ella le contestaba con monosílabos ó con frases cortas, diciendo como él:

—En efecto, tenéis razón... No lo había visto... ¡Sí, sí, es muy bonito!

A medida que las horas iban pasando, la encargada de Carolina se volvía menos expansiva y más taciturna.

Su conciencia quizá le acusase de prestarse á favorecer los planes de aquel tunante.

El camino era verdaderamente delicioso y los compañeros de pedal no faltaban.

En Epinay, el triunvirato formado por Marcial y las dos mujeres, fué pasado por una victoria que iba á buen paso, y en cuyos almohadones iba cómodamente recostada una elegante rubia.

Al ver á Marcial y á las dos mujeres, hizo parar el coche, y dijo tendiendo la mano al joven:

—¡Cómo!... ¿Sois vos? ¿Dónde vais por aquí?

—Pues por ahí... sin saber dónde.

—¿Llegaréis á Enghien?

—Esa intención tenemos.

—Entonces cuento con vuestra visita. Me proporcionaréis esa alegría.

La rubia saludó cortesmente á las dos mujeres, estrechó la mano á Marcial y dijo al cochero:

—Arread, Próspero.

La victoria continuó rodando.

—¿Quién es esa señora?—preguntó Alejandra.

—Una cliente vuestra.

—No recuerdo haberla visto.

—Pues yo sí—dijo Susana;—precisamente el día que compró el sombrero que lleva puesto.

—¿La conocéis, Marcial?

—Hace muchos años... Es una de las criaturas más buenas que encontrarse puedan...

—¿Es rica?

—Sí; pero su opulencia no se remonta á las Cruzadas.

—¿De dónde la proviene?

—De una feliz casualidad, como ocurre con casi todas las riquezas... Era pobre, tan pobre como se es cuando no se tiene suerte y no se tiene un céntimo... Es una bailarina... Estaba en el Olimpia y ganaba una miseria, casi nada... lo suficiente para mal comer y pagar trescientos francos anuales por un cuartito... Un americano se ha prendado de sus dotes de bailarina y la da los dollars á puñados... Francamente, no se la puede reprochar el haberlos aceptado. Vive en Enghien, en una villa que dicen es una maravilla. Demasiado sé que no se puede sostener que el origen de su bienestar tiene la pureza del cristal; pero ¿quién es

capaz de vituperar á una desgraciada sin padres, que vive sola en el mundo, obligada á ganarse el pan, y además muy enfermiza?... Si ha aceptado el apoyo de un protector, es porque lo necesitaba. ¡Yo no tendría el valor de criticarla!...

¡Qué excelente corazón!

Pero si hubiese tenido el de quitarla los dollars del americano y dejarla en la miseria.

Y al mismo tiempo que andaban, en voz muy alta fué explicando á Alejandra que había encontrado á Fani—así se llamaba la joven—en un bodegón, donde él iba á comer en sus principios, porque antes de encontrarse en la posición actual había sufrido mucho.

Y llegó el momento de las confidencias.

¡Ah! ¡No había tenido la suerte de nacer de una familia rica!

Como tantos otros, él mismo era hijo de una cantarina, á la cual profesaba un verdadero cariño.

Podía haber sucumbido; pero á cuántas no les ocurre lo propio, quizá por desesperación ó por miseria... Era su madre, y la debía gran respeto y consideración.

Además, él tenía un corazón de oro, capaz de todos los sacrificios.

No había recibido de ella más que muy buenas enseñanzas... A ella le debía el haber luchado y vencido en los principios tan pesados de su oficio.

Y se expresaba con tal calor y vehemencia, que Alejandra no pudo por menos de sonreirse escépticamente.

Hasta tal punto le alarmaron aquellas son-

risas, que Marcial tuvo que inclinarse y decirla al oido:

—¡Contente... porque de lo contrario lo vas á estropear todo!

De cuando en cuando se volvía hacia Susana, y parecía solicitar una aprobación que ella no le otorgaba.

¡Oh, no!

Una dulce sonrisa, sin chispa de ironía, le recompensaba de sus enormes párrafos.

Pero aquella sonrisa parecía estereotipada en los labios de la joven.

¿Hacía caso de lo que la decían?

De todo cuanto la decian, no llegaba á sus oidos más que una música vaga y confusa, á la cual no prestaba ninguna atención.

Hasta que llegaron á las primeras casas de Enghien, todos sus esfuerzos se dirigieron á llamar la atención de la bretona, cuya conquista se esforzaba en empezar, poniendo en jaque todas sus dotes de seductor.

Era muy inteligente y estaba muy versado en su arte de Don Juan, para no comprender que debía emplear para vencerla otros medios que los que tan buenos resultados le habían dado con otras muchas.

Ella no era de la misma naturaleza, tenía otros instintos y otras aspiraciones.

Esto se leia en la mirada limpida de sus azulados ojos, donde se reflejaba un alma virgen, inmaculada; en todo su ser tan seductor, en una aureola de virtudes y de delicadeza de sentimientos. De París á Enghien no hay gran distancia para los que van en bicicleta, al llegar tienen deseos de descansar.

Las terrazas de los restaurants estaban llenas de paseantes.

La señorita Alejandra se detuvo delante de dos mesas vacias, echó pie á tierra, con gran lentitud y elegancia, y mirando á sus compañeros dijo:

—Aquí estaremos bien.

No debían servir mal, á juzgar por el gran número de clientes. Todos estaban alegres y la alegría se comunicó á Susana y á sus compañeros de paseo.

En efecto; ¿qué mal había en gozar unos cuantos momentos más de esa vida de París, tan agitada, tan loca, á la cual iba á renunciar tan pronto, depués de haberla conocido tan poco en la realidad?

Se veia admirada, contemplada y agasajada.

Todas las mujeres la miraban y parecian decirse:

—He ahí una muchacha á la cual quisiera parecerme.

Los hombres ponian caras más expresivas y cuchicheaban por lo bajo palabras que, aunque no oidas, eran entendidas.

Y sonriendo, decia:

—No sospechan que muy pronto desapareceré de esta circulación y que seré baronesa.

Pero su baronía no llevaba más que una sonrisa á sus labios, y en sus suspiros casi habia, no un pesar, sino una sombra, una sospecha de pesar, y era el no poder llevar al hombre al cual se iba á entregar, nada más que su persona, y no una fortuna, como aquellas jóvenes, aquellas «clientes», que tantas veces

veía paseándose con la cabeza erguida y desdeñosos labios, por los almacenes de la célebre modista, y de las cuales decían:

—Es muy rica, sus padres dan dos millones de dote.

¡Millones! Era de lo único que se oia hablar desde un extremo al otro de la calle de la Paix.

En aquella afortunada calle, los clientes, los abastecedores, los sastres, las modistas, los diamantistas y plateros, todo el mundo los tiene.

Susana hubiera querido llevárselos también á su amigo Pedro de Kerdaniel.

Podrian pasarse sin ellos indudablemente.

Estaba resuelta á ello, pero la fiebre de oro es muy contagiosa en aquel París; en sus boulevares, frente á sus escaparates, en cualquier parte que se mire, se adquiere esta enfermedad.

Tan solo se curan de ella las fuertes y las castas.

El mal es pasajero para ellas.

Las demás perecen.

Susana pertenecía á la clase de las que no se contagian y que escapan á sus estragos.

Fué sacada de sus meditaciones al ruido de los bocks que traian y la voz de Marcial que decía:

—¡Ah! ¿sois vos, señor Jeromo?

Un hombrecillo colorado y rechoncho se hallaba delante de ellos con una carta en la mano. Saludó cariñosamente, y dijo:

—La señora me envia. Según parece quiere veros... Me ha dicho que os encontraría en uno

de estos restaurants de la calle Mayor... No se equivocaba.

Marcial leyó:

«Muy señor mio:

»Sería una alegría para mí si pudiese teneros á comer en mi casa en compañía de vuestras dos amigas.

»Os espero á las siete ó antes, si quereis.

»Poco correcta me parece la forma de invitaros; pero estamos en el campo y esas señoras me dispensarán.

»Vuestra amiga,

»FANI.»

La bailarina añadió como posdata lo siguiente:

«La comida está encargada, y ya conoceis el proverbio. «El vino escanciado...»

El jardinero de Fani seguía parado, mirando curiosamente á los tres compañeros.

Esperaba la respuesta.

—¿Qué decís?—preguntó Marcial á la señorita Alejandra.

—¿Y vos?

—Aceptamos, puesto que nos lo ofrecen tan cariñosamente.

Estas palabras parecieron determinar á la encargada.

—Y después de todo, ¿por qué no?—dijo.—Se nos ofrece con tanta buena fe...

A Susana ni siquiera la consultaron.

¿Para qué?

¿No iba bajo la dirección de los otros?

Desde aquel momento la sociedad se entregó por completo á la alegría.

El buen Jeromo se fué con la pipa entre los dientes, llevando la respuesta verbal, y al mismo tiempo que se dirigia hacia el sitio que el Ayuntamiento llama pomposamente el «lago», decía entre dientes:

—¡Divertíos queridos, que poco os queda!

En el fondo, lo que sentía por Marcial era desprecio y no odio.

Sabe Dios los epítetos con que gratificaba á aquel amante, los dias en que tomaba posesión de la villa de la bailarina que pagaba Sam Krocker.

En revancha, por una contradicción muy común en la naturaleza humana, había tomado gran cariño á Fani, que estaba tan enfermiza y que era tan cariñosa y tan buena, y que no era más que un juguete entre las manos de aquel miserable.

Era tan generosa y tan amable con él, que el buen hombre tenia deseos de decirla paternalmente:

—¡Pero desgraciada criatura, estás ciega! ¡Ese tipo es un tunante!

Hasta entonces se había guardado sus consejos, esperando que se presentase una ocasión oportuna para convencerla con ternura.

La tarde se pasó en paseos por las cercanías de Enghien, donde no faltaban distracciones.

Susana hubiera querido hallarse de regreso en su cuartito, sola, con las cartas de su amigo Pedro de Kerdaniel delante y entregada á sus pensamientos.

El mar de Bretaña, sus rocas negruzcas, sus pescadores y los hortelanos serian sus compañeros en el porvenir.

Pues bien, después de todo, prefería todo aquello á aquella multitud febril, entre la cual no creía hallarse en el sitio que la correspondía.

Era preferible la soledad y el silencio, que aquel estrépito ensordecedor.

La joven se sonrió melancólicamente.

Al mismo tiempo que pensaba, seguia á la señorita Alejandra y á su «primo», que dieron bruscamente una vuelta á la derecha y franquearon la verja que estaba de par en par abierta.

La vuelta fué tan rápida, que al tratar de imitarles, tomó poco terreno, y fué á chocar contra uno de los postes de la verja.

Su pneumático botó, y la joven fué lanzada á algunos pasos de distancia.

Susana se levantó en seguida.

Marcial se precipitó en su ayuda, exclamando:

—Ha sido culpa nuestra... Hubiéramos debido avisaros... ¿Os habéis hecho daño?

—No... ninguno... Me he quedado un poco atontada.

La dueña de la casa también acudió. En sus ojos se leía una simpatía, que no era fingida.

Con mucho cariño cogió el brazo de Susana, y la dijo:

—Venid pronto, y tomaréis algo para que se os quite el susto... No ha sido nada...

—No, no, ya estoy acostumbrada á estas caidas.

La bailarina la llevó á su cuarto.

La alcoba de la bailarina estaba situada en